

Don
MIGUEL DE
CERVANTES
SAVEDRA



1547 = 1947

OCTAVIE



DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
(1547-1947)

La Revista “UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA” publicará en su número 10, un estudio titulado “Lo que debemos a Don Quijote de la Mancha”, del profesor Pedro Salinas.

*El Teatro Experimental de la Universidad Nacional, presentará en su honor los entremeses
“El retablo de las maravillas”
y
“La cueva de Salamanca”.*

CERVANTES Y LA NOVELA MODERNA

por JAIME IBAÑEZ

Cuando se reflexiona sobre los temarios nuevos de la novela y de las conquistas logradas por los novelistas de los últimos tiempos, aparece más de bullo la grandiosidad de Cervantes como novelista de todos los siglos. Es verdad que la novela contemporánea ha descubierto mundos desconocidos, inexplorados, completamente inéditos para la literatura. Esta conquista ha beneficiado no solamente al creador de personajes novelísticos, sino también al autor de teatro, al poeta, al cuentista.

Es verdad que los acontecimientos mundiales de los siglos XVI a XX han enriquecido el mundo literario. El maquinismo, la era industrial, el capitalismo con sus grandes traiciones, sus grandes incidencias en la vida espiritual de los pueblos, el descubrimiento del psicoanálisis y las nuevas técnicas científicas, procuran al novelista un acervo inagotable de temas, sistemas, temáticas y nuevas fórmulas para buscar o controlar con medidas distintas el tiempo, las condiciones humanas, las realidades terrenas.

Verdad es también que todos los novelistas, especialmente en lo que llevamos del siglo XX, se han esforzado por hallarles nuevos caminos a los personajes novelescos: Joyce, Huxley, Hemingway, Maugham, etc., han tenido en sus manos con una serenidad, seguridad y dominio desconcertantes, seres maravillosos y tiempos tan intemporales, y espacios tan inasibles que el lector tiene necesidad de preguntarse a dónde irá a parar todo esto. Sin embargo, unos y otros, autores y lectores, saben de antemano que nada podrán hacer fuera de lo acostumbrado. Se sabe que lo humano, lo que el alma puede dar de sí misma como conoci-

miento y creación, está delimitado precisamente por aquellos factores y terrenos que todos nos empeñamos en superar. Todos queremos ver lo que hay al otro lado de la pared y damos vueltas y vueltas sin cesar, como pequeños seres impotentes, sin lograr nunca otra cosa que suposiciones más o menos verosímiles de lo que pasa más allá. No sé si debiéramos censurar o alabar este intento de originalidad, de omnipotencia de los novelistas. El caso es que él nos ha entregado intentos de admirable maestría técnica, tales como *Un mundo feliz* o *Con los esclavos en la noria* de Huxley, o *Manhattan Transfer* de Dos Passos, o *Las palmeras salvajes*, de Faulkner, o *Ulises*, de Joyce. Todas estas novelas tienen algo de diferente y algo de angustioso. Precisamente se distinguen —como decía Aristóteles— en aquello que se parecen. En todas se encuentra una misma línea ordenadora, un mismo móvil determinante, una misma realidad interior: la angustia. Una angustia auténticamente humana, auténticamente sentida. La angustia de la miseria humana.

Los sistemas para tratar esos temas han cambiado. Como decía, el psicoanálisis le ha dado al novelista la posibilidad de penetrar más hondamente en las almas, de crear situaciones ambientales y psicológicas de una infinita y maravillosa variedad, matizadas en una gama de riqueza invaluable. El ambiente donde actúan esos personajes ya casi sintéticos, ya casi tomados puramente de una probeta de laboratorio, también tiene un aspecto peculiar. Es un medio donde la economía determina todos los movimientos posibles, todas las acciones imaginables, todas las actuaciones. ¡Pero hasta dónde estos procedimientos y estos enriquecimientos de la vida moderna han cambiado las esenciales características humanas de los personajes cervantinos?

Yo me permitiría decir que nada, absolutamente nada en esencia ha dado toda la éra mercantilista, toda la sociedad capitalista, toda la ciencia moderna, toda la técnica analítica y expresiva al orden interior, a la naturaleza sustantiva, a la base pura del hombre. Un nuevo estado, ordenado diferentemente, podría solucionar el problema.

El contrapunto establecido a lo largo de *Las palmeras salvajes* de Faulkner, donde dos acciones se suceden simultáneamente, sin tener aparentemente ninguna relación la una con la otra pero

haciendo a lo largo de la novela un equilibrio emocional y técnico de argumentación y desarrollo, se encuentra en varias de las novelas cervantinas. Recordemos en el Quijote varias incrustaciones de argumentos externos a la línea general de la novela por ejemplo: *El Curioso impertinente* que es en verdad extraño al cuerpo del Quijote pero que desempeña un papel dentro de la armonía total de la obra. Este sistema que hoy nos parece un tanto extraño al ser llevado técnicamente a la novela en su completa ordenación, tiene sus raíces en Cervantes. La aventura del caballero del bosque, las bodas de Camacho, etc., son otros relatos incrustados en el cuerpo de la novela. Pero el sistema de las dos acciones simultáneas es bien fácil observarlo en la obra cervantina no como técnica central pero sí como asomo de lo que ha sido aprovechado con verdadero acierto por varios novelistas contemporáneos.

Estas, como en general las características más notables de similitud que se encuentran entre grandes novelistas del siglo XX y Cervantes, se hacen más relevantes si se tiene en cuenta que la novela como género literario sólo tomó cuerpo en la lengua hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX, es decir, tres siglos después de escrito el Quijote. Siguió a *La Celestina*, asomo de lo novelístico, primera raíz del árbol castellano en la pródiga y magnífica tierra del corazón español. Sólo Galdós nos viene a confirmar la providencia de la posibilidad de una novela española. Tras él Pereda, Alarcón, Unamuno, Baroja, etc., continúan la línea de la luminosa rama florida. Pero no es solamente en ellos en quienes es notoria la presencia de la novela cervantina. Vale la pena nombrar con más énfasis la manera como los novelistas de otros idiomas, tal como lo he hecho, guardan hoy y reviven —con apariencia de originalidad técnica— el sistema que usó Cervantes.

Me ha llamado la atención encontrar similitudes extraordinarias, por ejemplo, en la manera como tratan éstos el problema del tiempo, la angustia por el tiempo. La irrealidad de los hechos que ocurren en toda la vida quijotesca, significan una profunda separación entre el tiempo real y el tiempo psicológico, es decir, entre el transcurso del espíritu propio, de la propia consolidación anímica y la consolidación social, dentro del tiempo. Para don

Quijote, uno es el tiempo de su mundo y otro es el tiempo de los seres reales. Está aquí en forma admirable la estabilización de dos conceptos del tiempo que en las novelas modernas ha tomado tanto auge. En Huxley se advierte esta ruptura, esta separación, la existencia de estos dos mundos que sólo se unen por hilos sutílisismos y que a veces en Joyce se encuentran completamente separados. El mundo de la ilusión, el mundo ideal en que vive el Quijote y el mundo interior donde se desarrolla toda una historia de los personajes del *Ulises* o de *Con los esclavos en la noria* tienen un mismo significado del tiempo. El tiempo que crea la angustia humana en el caballero manchego y el que crea esa incomprendición también angustiosa de muchos personajes de novelas de nuestros días, es el mismo. Es un mismo cerco de donde el hombre quiere saltar sin lograrlo. Ese tiempo crea las noches en vela en lo alto de una roca en don Quijote y la soledad grávida de sueños de los héroes contemporáneos. Ambos buscan la soledad para encontrarse a sí mismos. Ambos quieren zafarse del tiempo para encontrar los lazos de unión con su destino. Para encontrar su tiempo interior y vivir en él.

Este tiempo interior determina una serie de relaciones especiales muy individualizadas, pero que tienen desde luego una misma importancia en la vida del Quijote y en la de los protagonistas de las novelas actuales. Una de ellas es, por ejemplo, la orientación que se da a ciertos acontecimientos exteriores, que en el héroe toman, según las inclinaciones y la capacidad receptora, caminos diferentes. En un católico, por ejemplo, un suceso extraordinario será un milagro, en un religioso cualquiera, podrá ser un acto de la divinidad, en un materialista, un fenómeno de determinada especie, y cada uno de ellos ha de resolver, dentro de su tiempo, la importancia interior que tiene el acontecimiento.

Esto puede observarse en el Quijote cuando se habla de los gigantes, de las artes de brujería y de los encantamientos. El reduce los fenómenos a determinado estado interior, que es precisamente el camino con que se une a la concepción social del mundo. Esos encantamientos ponen en relación el tiempo psicológico con el tiempo social. Así, los fenómenos del mundo exterior, cobran temporalidad específica individual para proyectarse a través de la conciencia de una temporalidad social.

Este hecho, que aparentemente puede no ser tenido en cuenta o no ser reducido a términos claros en la obra cervantina, sí lo es en las obras modernas y es una de las características más importantes de la nueva novelística, deuda sin reconocer para con Cervantes.

Esta temporalidad disyuntiva de las novelas, tan interesante y tan modular en el Quijote, es una de las más difíciles expresiones de la novela en general. Creo que muchas de las obras clásicas de la novela universal se han salvado precisamente por el dón de la temporalidad. El hecho de que los personajes tengan un tiempo interior que nunca sea atemporal o extemporáneo y en cambio el tiempo social sí corresponda a una época determinada con todas sus costumbres, sus fenómenos y acontecimientos característicos, constituye uno de los logros magníficos de estas obras clásicas.

El Quijote es ejemplo vivo de este caso. La temporalidad del personaje es universal, digamos eterna; al par que la temporalidad social es circunscrita al siglo, a la época, a los años de los acontecimientos. Así como el Quijote es ejemplar para los hombres de todas las épocas, la época del Quijote es clásica de sus días. Esta relación de los dos tiempos hace que, por ejemplo, los personajes de muchas novelas contemporáneas, como lo es también el Quijote, sean la expresión de una clase social que es la que recoge con mayor exactitud los fenómenos terrenales, para elaborarlos y proyectarlos socialmente dentro de su tiempo, guardando las soluciones y dinámicas interiores para todos los siglos.

En muchos personajes novelísticos de nuestros días se observa la necesidad de que el héroe reúna en sí mismo propiedades, virtudes y vicios que le sean comunes a un gremio, a una clase social o a un estado de alma común. El Quijote ha guardado para los siglos precisamente la virtud de ser un estado de alma permanente que se reconstruye de generación en generación. Es una clase social que no tiene nada que ver con las clases sociales económicas. El tiempo del Quijote no tiene nada que ver con el tiempo económico. Por eso ha conservado toda la pureza necesaria a través de los más bruscos cambios y contradicciones sociales, por eso pertenece a todos los pueblos y a todos los sistemas estatales.

El Quijote es la clase social que destruye una serie de absur-

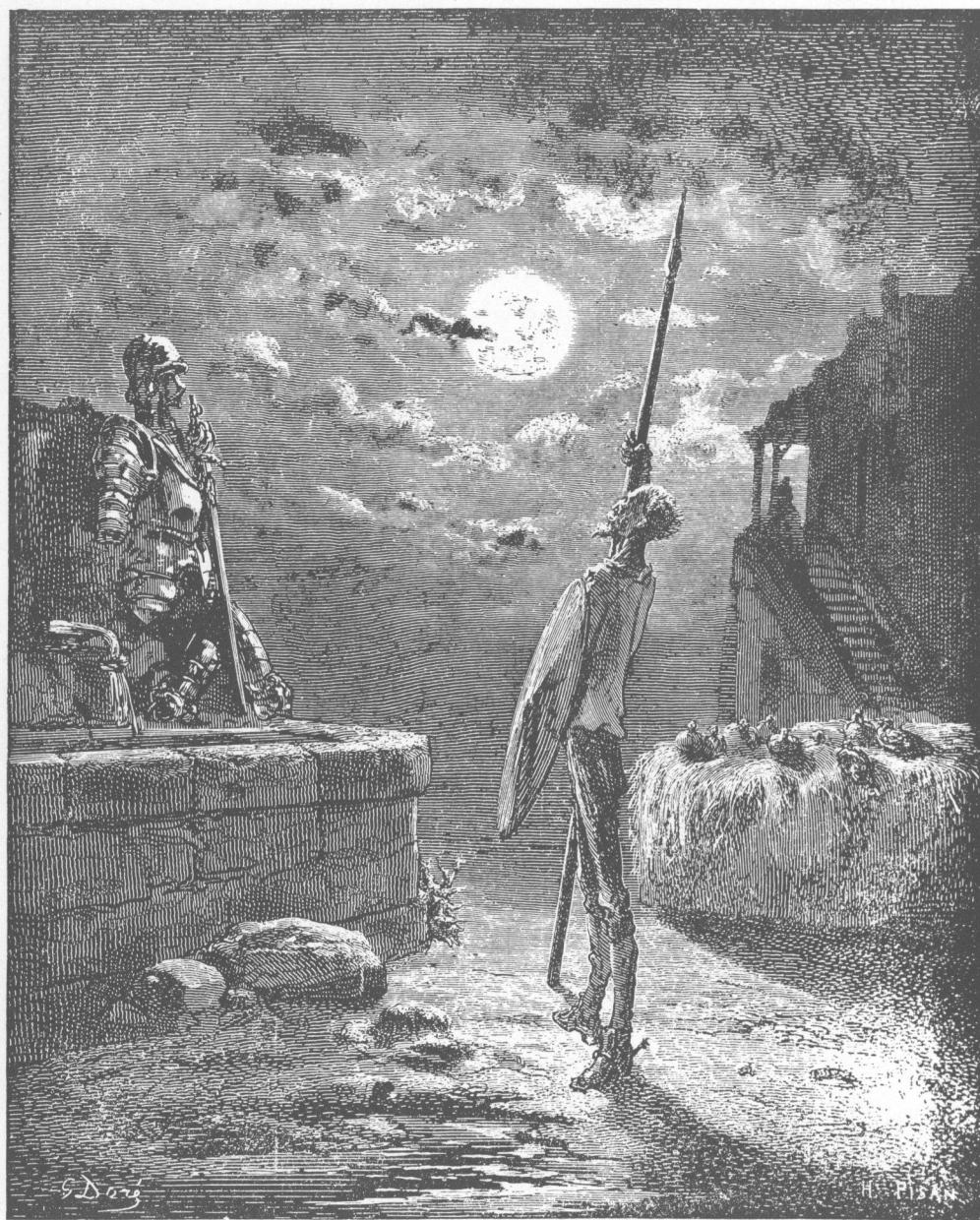
dos para reconstruirse en el futuro sin importarle de manera alguna las adversidades de sus hechos. Es el intérprete, la clase social que tiene como misión calificar el tiempo y los fenómenos sociales y políticos con la libertad y el acierto necesarios para transformarlos definitivamente.

Necesita desde luego a quién enseñarle a gobernar. Busca la clase que desea gobernar y él necesita normalizarla porque es el único que puede hacerlo. Es la boca del espíritu de la raza, del pueblo, y en tal sentido obra y se proyecta. Necesita también saber resolver en forma de mistificación problemas personales, problemas íntimos, problemas del alma más escondida, y se crea a Dulcinea. Dulcinea es el problema común y es necesario, por tanto, hacerlo estrictamente personal. Es necesario mistificarlo.

Características tan determinantes en el desarrollo de la obra cervantina sólo pueden encontrarse en lo que hoy se ha llamado novela de clase, o novelas sociales, o novelas de combate o lucha. Ellas, todo este ciclo novelístico de los tiempos actuales, no son otra cosa que una etapa más de la eterna misión del arte, de la eterna lucha y de la perpetuidad de su destino.

JAIME IBAÑEZ

Bogotá, octubre de 1947.



DON QUIJOTE VELANDO LAS ARMAS